

1.

"Mis Aficiones políticas" .La Niñez .

Son estas aficiones, tan viejas como mi propia existencia; para expresar su origen, podría utilizar con propiedad la frase tan conocida y repetida : "Se pierden en la lejana noche de los tiempos."

Desde bien niño, oí en mi casa, à personas de mi familia, hablar con "pasión" de cuestiones políticas; diré mejor aun "con entusiasmo", pues mi abuelo materno, Cesàres Duràn Blazquez, fué un verdadero político, desde la punta de los pies, hasta los pelos de la cabeza; luchó siempre en lo mas avanzado del campo liberal y desde que Ruiz Zorrilla, emigrado, decidió dar al partido republicano progresista, la Dirección revolucionaria, como único medio de derrocar la monarquía, mi abuelo, hombre sereno, pacífico, cuya templanza y benevolencia eran ejemplares, se convirtió tambien en un revolucionario mas , à pesar de que era hombre que amaba las sabias leyes y las buenas y tranquilas costumbres y hasta la vida patriarcal.

Cuando yo era un niño, me contaba mi madre, como, durante su niñez, no era raro

oir en su casa : " Hoy no se juega en la casa de abajo", una casa, unida à la de mis abuelos por la parte trasera, que servía de desahogo à la principal, en cuyo huerto y en cuyas habitaciones "jugaban los niños".

Durante uno ó dos ó tres dias, la puerta de comunicación entre las dos casas, permanecía cerrada y la curiosidad infantil hacia que fuesen, mi madre y sus hermanas, à mirar por la cerradura, aprovechando un descuido de los criados. Y por el huerto, solitario, veían pasear silenciosamente, un Señor serio y grave, con barba cerrada, vestido de levita y sombrero de copa, que con las manos à la espalda, meditaba. Era uno de tantos conspiradores, de aquella época turbulenta, que de paso para Portugal, se refugiaba en la casa del amigo leal y que de noche, en un caballo y acompañado de un criado fiel, el "Señor Manuel Izquierdo", era situado en un par de jornadas, mas allá de la "raya" portuguesa, fuera del alcance de los esbirros del gobierno moderado, que le perseguía.

En mi casa, se respiró siempre un ambiente contrario à la monarquía y es posible que las primeras notas que yo percibi durante

mi infancia, fueran los acordes del himno de Riego.

Mi abuelo, me contaba escenas de la primera guerra carlista, en la que tomó parte, al lado de su padre, el Brigadier Durán, que al mando del Provincial de Trujillo, defendió el fuerte de San Agustín, en Bilbao, à las órdenes del General Espartero.

Era amigo entrañable de mi familia Don Serafin Asensio Vega, que se sublevó en Badajoz el 1883 y oí tantas anécdotas de su bravura y de su republicanismo, que no concebía yo que hubiese quien defendiera una Monarquía que tenía enfrente à tan esforzados paladines.

Era una edad en que yo no me daba cuenta todavía del significado de la lucha entablada entre los que querían traer la República y los que temían su implantación, pero esas sensaciones recibidas en la niñez, que la mente infantil acoge, sin comprenderlas ni digerirlas, tardan mucho en desaparecer, si es que no perduran para siempre.

En los juegos de chiquillos, yo sacaba ya à relucir la lucha, no entre moros y cristianos, sino entre republicanos y monárquicos y como es natural, mi papel estaba siempre con aquellos.

En el Colegio de los Jesuitas, yo, que solo tenia once años, con la mayor espontaneidad, dije un dia, en el recreo, entre un grupo de compañeros, que era republicano. Aquella declaración, recuerdo, que cayó como una bomba y que produjo verdadera estupefaccion y extrañeza y dejó à todos callados y confusos.

Yo no acertaba à comprender la causa del terror que las inspiró mi confesión, que habia hecho como la cosa mas natural del mundo. La noticia corrió pronto de oido en oido y no tardó en llegar à los del Padre inspector que nos acompañaba durante el recreo.

Al dia siguiente, en un grupo, se iniciaron los comentarios, acerca de mi republicanismo, à tiempo que llegaba el Padre Prefecto, como si dijéramos el Coronel del Regimiento y todos pusieron caras de susto. ¿Qué hay? preguntó el Padre. ¿De qué se trata?

Pues hablábamos, contesté yo, venciendo la natural vacilación, de que à "estos" les ha producido extrañeza que yo sea republicano.

Mi declaracion causó en todos verdadero estupor. El que más y el que menos creyó que mi simplicidad me costaria cara; un grave castigo;

algo más quizás, la expulsión del Colegio, en vista de que estaba convicto y confeso de lo que ellos estimaban gravísimo pecado.

El Prefecto, un famoso latinista, el Padre Pérez Jorge, acariciándose sus manos, finas manos aristocráticas, y elevando su rostro hacia arriba, que dejaba ver un perfil agudo, adovado por gafas de oro, con voz suave contestó :

Muy bien, me parece muy bien. La república es una forma de gobierno tan digna de respeto como la monarquía; en ambas se puede servir à Dios y con ambas se pueden defender los derechos de nuestra Santa Madre Iglesia.

Alfonso Ramirez, Marqués de Encinares uno de los oyentes, recordará bien esta frase, que sembró en el auditorio la mayor confusión, que dió estado de derecho à mis doctrinas y que me hizo escribir en la primera página del primer cuaderno de mis apuntes estudiantiles :

Diego Hidalgo y Durán, Jefe del Partido Republicano del Colegio de San José, de Villafranca de los Barros. (Badajoz.)

He aquí como desde los años de mi infancia yo me habitué, no ya à considerarme republicano, título que me correspondia por ascendencia, sino

à exteriorizar mis sentimientos y à hacer
alarde de ellos, que es lo que en el
lenguaje vulgar y corriente se llama :
"Meterse en politica ."

LA ADOLESCENCIA .

No tardé mucho tiempo en comenzar à tener alguna idea vaga y oscura, sobre la posición espiritual del republicano, frente al monàrquico, concretada no ya en las diferencias de los sistemas politicos defendidos, sino en que la Monarquía suponía poder absoluto fàcil de confundir con la tirania y la república, poder limitado, entregado temporalmente à un hombre, con ocasión de sus méritos y no de su nacimiento o de su sangre.

Y pronto tambien, à medida que iban pasando los años, me di cuenta de que la República, lleva ya en sí la idea de que la soberania, donde verdaderamente reside es el pueblo y que este es el que debe discernirla y administrarla. Claro està, que yo no me salía de la mas ~~buena~~ ortodoxia, al expresar mis ideas y consagrarme à propàgarlas entre mis compañeros en pleno Colegio de los Jesuitas. Y al efecto, me aprendí pronto, la teoria de Santo Tomas, de que, el poder, viene del pueblo, pero no nace de él, sino de Dios, que lo transmite al pueblo, para que sea este el que designe la forma de ejercitarlo y la persona que ha de ejercerlo.

Y mis discusiones con los compañeros de clase, acerca de este asunto, eran tan pintorescas como interesantes.

Yo estaba, como era natural en minoría; la casi totalidad de mis condiscípulos, sostenía la tesis de que el poder venía de Dios al Rey, sin que el pueblo tuviese otra misión que la de obedecer sumiso.

Allí empecé à ejercitarme en la oratoria y en la polémica y allí, porqué no decirlo?, empecé à soñar.

Todos los muchachos de 14 años, de mis tiempos escolares, soñaban con ser marinos; un año despues, la evolucion hacía que parte de ellos, no pudiéndose desprender del espíritu de bizarría, tan español, soñase con ser, por lo menos militares, de mar o de tierra y otra, deribaba francamente à la vida civil y ponía como meta la Ingenieria. Al terminar el grado de bachiller, ya, casi todos, auguraban que había que estudiar una carrera, militar o civil, pero estudiar desde luego una carrera. Yo, en cambio, à las 14 y à los 15 y à los 16 años en que terminé el bachillerato, no soñaba

mas que con una cosa; con ser republicano, con ayudar à traer la República, con ser Diputado Republicano.

Y declarada francamente la fiebre de mi republicanismo, comencé à discutir y à disputar con Tirios y Troyanos sobre política y à tener conflictos, cuestiones y hasta riñas y peloterías por lo que llamaba ya "mis ideales".

Menos mal, que durante el tiempo en que no tenia à mano alguien con quien comentar definir y vociferar sobre política, mi curiosidad me hizo comenzar à leer todo cuanto encontraba, que tuviese relacion con la cosa pública y ~~entre~~ las primeras obras que lei, fué la del "que trajo las gallinas": El Contrato Social, de J.J. Rousseau.

Despues, toda la gama del liberalismo fué saboreada con precisión; lei à Diderot, à Voltaire, à Victor Hugo, me entusiasmé, sin horrorizarme, leyendo los episodios de la Revolucion Francesa y poco à poco fué deslóbzándome por el campo social, estudiando las doctrinas de Proudhon, de Hegel, y de casi todos los que, pluma en ristre, han acometido durante el siglo XIX, à las fundamentales instituciones sobre que descansa la Sociedad

4.

actual: Estado, Iglesia, Familia, Ejército, Propiedad. En germen, yo era, mejor dicho, me creía, un terrible revolucionario, cuando, en realidad, todas esas lecturas aparte de conocer doctrinas y sistemas, cosa tan interesante, puesto que "el saber no ocupa lugar", no hiciera^{on} otra cosa que sembrar la confusión en el cerebro y la inquietud en el alma, sin que yo me enrolase totalmente en alguna de sus banderas, ni me vinculase a un determinado autor, ni me convirtiese en neófito de una teoría fija. Nunca perdí, del todo mi independencia espiritual y cada una de las nuevas ideas que iba percibiendo, aumentaba el desorden que ya reinaba en mi mismo, acerca de los medios para llegar a un fin, y del ~~fin~~^{fin} mismo, en el orden político, religioso o social.

Por fuera, yo alardeaba de anticlericalismo, de la necesidad de derrocar todo lo viejo, del derecho a utilizar todos los medios para conseguir el mejoramiento o la perfección de la Sociedad, pero por dentro, muy hondos, hubo siempre sedimentos de esencias religiosas, fundamentalmente unidas por sentimentalismo al alma de mi madre; de respeto al hogar y a la familia, de veneración a las glorias del pasado, de orgullo de pertenecer a la raza latina,

"aristocracia de la Humanidad", en una palabra, que el sentido de los topicos revolucionarios, era algo mas ficticio que real, pues nunca, su empuje, logró derrocar aquellos sentimientos, que como monolitos, se conservaron siempre en el fondo de mi alma y que los huracanes tempestuosos de un temperamento fuerte sanguíneo, violento, de fiebre y de fuego, atizados y acuciados por atrevidas teorías, que exitaban y deslumbraban mi imaginación, convirtiéndola en un volcán, no barrieron el horizonte interior, no tuvieron, à pesar de su fuerza convulsiva extereza, el poder de hacer desaparecer del todo, por lo menos en el campo de la subconciencia, ideas primarias y sentimientos infantiles, capaces de retonar y de florecer.

Eso si, mi fé, en la República, como medio para conseguir, mayor libertad, mayor tolerancia, mayor igualdad, esa no disminuyó nunca, à pesar de que en los cuatro primeros años del siglo, el ambiente español, era de desolación y de miseria espiritual y económica, en que nos sumió la pérdida de las colonias y ellachicamiento de mi pobre España, que entonces, reducida à si misma, dejo de "ser",

dejo de "pesar" y de "figurar".

Todo eso, para mi, solo constituyo un acicate, para echar ~~una~~ al fuego de mi republicanismo.

Por conservar la Monarquía, era mi frase favorita, hemos perdido las Colonias y empobrecido à España. Liquidemos la Monarquía, para recobrar, nuestra posición, nuestra grandeza, nuestra libertad, para recobrar à España.

Por entonces, hice mis primeros viajes à Madrid, à donde llegué "con el pelo de la dehesa", con la delgadez de un rápido crecimiento, con la confusión y el desorden en mis ideas, pero con la lengua muy suelta, la imaginación hirviendo, la fé en mi mismo y en el porvenir y la esperanza en que habían de acompañarme siempre, en mi peregrinación por el mundo, como "revolucionario" y "conquistador" el Destino, la Fortuna, mi buena estrella...

7.

Navarro de Palencia me cautivó por la cariñosa acogida de que me hizo objeto, por la elevación de su vida, su ~~v~~astísima cultura, sus arranques geniales, sus frases lapidarias que eran unas veces besos y otras trallazos, ~~y~~ sus consejos y enseñanzas me produjeron gran emoción. Sin darme cuenta, seguía sus indicaciones y le escuchaba como à un oráculo, y en una de aquellas interminables charlas, en la terraza de la calle del Pez, llena de macetas y flores, en donde su palabra tajante y cálida, definía, enseñaba o hacía brotar cardenales, como la fusta en manos del domador, Navarro, al oírme hablar de la afición à la política, pronunció estas palabras que me hicieron el efecto de una sentencia bíblica :

"Desengáñate, Dieguito, meterse en política, es una cosa fea, tan fea como meterse el dedo en la nariz."

Aquella noche, cuando hice mi equipage, para marchar à Moraleja del Vino à tomar posesion de mi Notaria, rompí una serie de recortes de periódicos que hablaban de cuestiones políticas y hasta creo que una foto ~~de~~ ^{en la} que Rodrigo Soriano, aparecía hablando en un Mitin.

Así era yo de impresionable en el año de gracia de 1911.

I:

LA JUVENTUD .

Fué toda ella una mezcla de ciencia y de política; una mezcla porque en la lucha de una contra la otra, ninguna salió victoriosa.

Por un lado el sentido del deber me llevó, sin gran afición, ni entusiasmo, à estudiar derecho; por otro lado, mi gusto, mi sentimiento, me conducían por otros derroteros, y me hacían seguir leyendo con verdadera fruición, los libros de política y de sociología y à recorrer con avidez las columnas de la prensa, comentando los sucesos políticos y tomando partido por cuantos en aquella época eran los hombres guías en la guerra contra los partidos ~~políticos~~ turnantes que sostenían el monarquismo.

Visité à Don Eduardo Baselga, amigo íntimo de mi abuelo y de toda mi familia, que había sido repetidas veces diputado à Cortes por Badajoz y que procedente del antiguo partido progresista, seguía militando en el campo republicano. Era, entonces ya, el hombre político, ~~avejado~~ y veterano, cuyo republicanismo ~~estaba~~ un tanto embotado por la frialdad terrible del desengaño. En su hogar ~~no~~ se respiraba precisamente un ambiente

2.

republicano y todos sus componentes, estaban inoculados por el virus de la prosperidad económica y social, que hace tantas víctimas entre los que un día soñaron con las reformas y hoy solo piensan en la quietud. Por regla general, las gentes que están aligeradas del vil metal, suelen mas facilmente aspirar, à una mejora genérica, que supone una mejora específica y por lo tanto, una mejora personal, pero cuando esta llega y redondea y consolida al soñador, lo convierte pronto en un ~~hambriento~~ ^{curioso} que cifra sus aspiraciones en el estatismo dando al olvido los sueños y cambiándolos por realidades confortadas y muelles, dicho todo esto, sin querer censurar à tan estimable familia, de la que siempre recibí grandes atenciones.

^{visitaba}
~~Traté~~ también à Don Juan Una y familia, ^{cuya casa} en ~~donde~~ ^{de} se hablaba mas que política, de literatura y de filosofia. La casa de Don Juan Una, era un verdadero saloncillo frecuentado por lo mas destacado del mundo del saber, por las gentes de la Institucion Libre de Enseñanza, que encarnaban en aquella época el preciado tesoro del liberalismo ilustrado, en donde se hablaba de altos temas culturales y se desdeñaba un poco à la política militante.

Yo no tenia "quietud" ni reposo. Y à esa

edad, mil y mil atractivos me seducían y así, abierto en abanico, intentaba abaxcar demasiado, no conociendo entonces el refrán ruso que dice : "corre muchas liebres à la vez y no cogeràs ninguna."

Por eso, mi formación cultural fué imperfecta y sobre todo desordenada y amorfa. No profundicé en la ciencia del derecho; me faltó afición, voluntad y maestros. Me limitaba à salir del paso y à aprobar asignaturas para obtener cuanto antes el título de Abogado y aunque obtuve casi siempre brillantes resultados en los exámenes, fué debido, mas que à la buena preparacion, à mi facilidad ~~extraordinaria~~ para retener conocimientos y mas aun à mi habilidad y palabreria ante el Tribunal que habia de juzgarme.

Tampoco profundicé en el estudio de las cuestiones sociales y políticas, pues no seguí ningun método, ni me sometí à ningun plan, ni conté con alguien que me guiara, sino que me dediqué à leer desordenadamente" todo lo divino y humano".

Ademas, alrededor de los 20 años, con una gran imaginación, con fuego mas que sangre en las venas, con un temperamento fuerte y exaltado y una salud de hierro, todos los estímulos que la naturaleza ofrece à los sentidos,

me distraían, haciéndome perder el tiempo de una manera lamentable.

Me gustaba la charla, la discusión, el comentario, mas que el estudio sosegado y tranquilo; acudía a los mitines y a las conferencias políticas, pero no me sentí atraído por ninguno de los varios partidos en que los republicanos andaban como siempre divididos. No fui en aquellos tiempos militante de ninguna fracción, pero seguía de cerca las campañas de Sol y Ortega, Lerrón, Goriano y Blasco Ibañez, que entonces eran los caudillos activos del republicanismo.

Hice mis primeras armas como orador político, en una campaña electoral en la circunscripción de Badajoz, en la que se presentó para ser elegido Diputado a Cortes, Don Eduardo Baselga, recorriendo varios pueblos de la provincia en compañía de Leonardo Vidarte, mas ducho y enterado, y atrayendo a las gentes con mis expansiones oratorias ultraradicales, muy propias de mis floridos, alegres y confiados 18 abril.

Por cierto que ese fué mi primer desengaño político, pues, los hombres que en la capital de la circunscripción, Badajoz, daban la

5.

tónica del republicanismo, no creían en la sinceridad política de Baselga y de esa falta de fé, hicieron campaña pública, con gran indignación mía, y cuando terminó la elección, con la derrota de Baselga, este les dió la razón, aceptando el cargo de Senador de manos de ~~Montevideo~~ Montevideo, a la sazón Jefe del Gobierno, esto es, entregándose a la monarquía y haciendo traición a una vida entera de perseverancia en un ideal por la mezquina compensación del amor propio satisfecho, ~~de ocupar~~ ^{o con su nombre} un escaño del viejo Senado de la Monarquía. ~~Unos~~ años mas tarde, un hijo de Baselga, Mario, me rogó que lo acompañase en una campaña electoral en Fregenal de la Sierra y también hablé en algunos mitines de propaganda, pues aunque el candidato era monárquico, estaba afiliado al partido liberal, y su política representaba entonces cierto progreso.

Me costó mucho trabajo, de todas maneras, compaginar mis ideales antimonárquicos, con la propaganda a favor de un candidato que estaba conforme con la dinastía, pero, el no tener en contra a ningún republicano, la amistad con el interesado y el contenido de mis discursos, acallaron mis escrúpulos.

6.

Y así pasé mi primera juventud, sin fijar bien posiciones y criterios, alocado con teorías apenas comprendidas, no por mal digeridas menos publicamente alardeadas, y el tiempo pasó hasta verme convertido en un Licenciado en Derecho y meses después en un Notario en ciernes, sin edad todavía para ejercer la carrera.

Menguado proceso revolucionario, que llevó a estudiar leyes, a quien soñaba con una revolución que saltase por encima de ellas, y a ser Notario, fiel guardador de la fé de un Estado y de los derechos de una burguesía a quien, publicamente proclamaba que había que derrocar el Estado y transformar la burguesía.

Pero esta paradoja no debe producirme asombro. Mas adelante fui poco a poco aprendiendo que el mundo está lleno de ellas y que toda nuestra vida, no es otra cosa, que una paradoja constante y un interrogante continuo.

Entonces conocí a un grande hombre: a D. José Ma. Navarro de Palencia, gran jurista y gran ciudadano, a quien su carácter entero, su seriedad y su rudeza, le apartaron de la vida pública, y le confinaron, muy a su gusto, en aquella Dirección General de los Registros, vivero de donde han salido tantos hombres geniales y por ^{haya salido de ella} excepción, un reptil.